

George Brewer

LA BRUJA DE
RAVENSWORTH

Edición, prólogo y notas de
Eva Lara Alberola y Alfonso Boix Jovaní

Traducción del inglés de
Alfonso Boix Jovaní

 Siruela

Libros del Tiempo

CAPÍTULO I

Descripción de la bruja

En el extremo de un páramo salvaje, conocido por el nombre de páramo de Ravensworth, en el condado de Westmoreland, y en torno a la época de la segunda cruzada, se alzaba una mísera choza que no constaba sino de una sola habitación con vigas a la vista que no eran, de hecho, más que unos palos toscamente tallados que se inclinaban desde la pared, cubiertos de hollín y curiosamente repujados con telarañas. La chimenea era poco más que un gran agujero practicado en el lateral para que el humo saliera, y la ventana, si podía llamársela tal, estaba tan completamente taponada de heno para protegerse del mal tiempo que no podían verse sino unas pocas partículas de luz a través de la abertura.

Mas en esta mísera casucha vivía un ser humano solitario, una anciana llamada Ann Ramsay, pero más conocida por el título de «la bruja». Era pequeña, delgada, estaba muy encorvada y era muy vieja. Su carne era de un tono marrón oscuro y tan enjuta y flaca que le colgaba de los brazos en diversos pliegues. Todo su rostro estaba ajado, sus ojos eran pequeños y las cuencas, rojas, como si estuvieran inflamadas de una enfermedad o de rabia. Su cabeza era alargada y estaba hundida entre los hombros. Su nariz era prominente y ganchuda, aparte de que estaba constan-

temente manchada de rapé.²⁰ Sus labios eran pálidos y su único diente, pues no parecía tener sino uno, se sostenía proyectando su arco negro sobre la parte delantera de la amplia boca. En pocas palabras, era tan horriblemente fea que nadie se le pondría a menos de dos yardas cuando se aproximaba. Tal era el fiel retrato de la bruja de Ravensworth.

El mobiliario de la casita de la *dame* Ramsay era muy adecuado a su mísera morada: constaba de un colchón de paja enrollado en un rincón de la habitación y cubierto por una manta sucia y andrajosa; una antigua mesa de madera tallada y un taburete de tres patas, siempre colocado cerca del hogar, en el que la vieja bruja se sentaba; un trozo de cristal roto, de forma diagonal, con pequeños restos de mercurio, colocado sobre el bajorrelieve de una parte de la pared, cuyo yeso se caía por los años; un jarro, una escoba de abedul y una gran cazuela de hierro, o caldero, completaban el inventario de los efectos de esta miserable casucha.

Se podía ver a la bruja sentada en su taburete de tres patas la mayor parte del día, muy encorvada, con los codos clavados sobre las rodillas y la barbilla descansando sobre los apoyos que, para ello, hacía con las palmas de las manos. En esta actitud se suponía que la *dame* Ramsay planeaba sus maliciosas maquinaciones, pues era entonces cuando, quienes por casualidad pasaban cerca, oían frecuentes palabras ininteligibles que provenían de sus labios: en esos momentos la bruja parecía estar amenazando o blasfemando. De hecho, no había quien albergase la más mínima duda de que tales actuaciones se debían a que estaba ocupada comunicándose con el espíritu maligno.

En el rincón de enfrente, cerca del hogar, se veía a menudo sentado y mirando a la bruja, directamente al rostro, a un gran gato gris, raquíto, delgado, el compañero fiel de sus tardes.

²⁰ Aquí encontramos un anacronismo, dado que el rapé (un preparado a partir de tabaco molido para ser inhalado) no se consumía en Europa en los siglos XII-XIII, pues tal práctica procede de la América precolombina y el propio Colón dará testimonio, tras el descubrimiento, de esta costumbre. No será hasta la segunda mitad del siglo XVI cuando el tabaco se introduzca en Europa.

El cuerpo de esta criatura era de una longitud poco común; la necesidad agarraba en pinza su cuello y lomo; sus ojos, grandes y redondos, empezaban, por así decirlo, en las cuencas; sus inmensos bigotes estaban constantemente extendidos, como para olfatear la sangre que le deleitaba lamer; sus altas patas delgadas le alzaban por encima de la talla usual de esos animales, y sus largas garras podían sacar con facilidad la carne de la rata torturada que se hubiera convertido en su presa.

Un gran cuervo negro también era habitante de esta mísera morada, y se le podía ver dando saltitos por el suelo y agitando una de sus grandes alas de negro azabache, pues la otra estaba cortada al ras para impedir sus excursiones al páramo.

La bruja Ramsay era hasta tal punto el terror de los alrededores, en un perímetro de varias millas, que ningún hombre, mujer o niño pasaría cerca de aquella parte del páramo, en cuyos límites estaba su morada, a menos que fuera por absoluta necesidad, o por desconocer el camino. Corría el rumor entre la pobre gente del pueblo más cercano de que la bruja de Ravensworth había llegado invisiblemente a tomar posesión de la choza, que llevaba vacía un gran número de años. La creencia tradicional decía que nadie sabía cómo había llegado hasta allí, ni de dónde venía; que apareció de súbito; que no tenía padre ni madre; que no tenía parientes; que se había dado a sí misma el nombre de Ann Ramsay, pero que nunca se había sabido de otro apelativo por el que fuese llamada que aquel de «la bruja».

Muchas eran las historias extrañas relatadas por los campesinos sobre esta mujer extraordinaria, y un sinnúmero los ejemplos de sus poderes de brujería. Declaraban que los padres habían perdido a innumerables niños en el vecindario de la bruja, y que nunca más se les había visto u oído. Estaban dispuestos a jurar su convencimiento de que la bruja Ramsay se había llevado a estos pequeños y había acabado con ellos. Rumoreaban además, y muchos atestiguaban, que la bruja tenía tendencia a alimentarse de la carne de bebés recién nacidos y que se habían oído con frecuencia los gritos de niños pequeños que ella azotaba o torturaba hasta la muerte.

Los guardabosques habían intentado en vano llevar a la bruja de Ravensworth ante la justicia: no había ni una sola cosa que se pudiera demostrar bajo testimonio firme contra ella, aunque las pruebas presuntivas eran lo bastante sólidas como para convencer a todos. Era necesario, sin embargo, que los testigos respaldasen las pruebas circunstanciales a partir de su propio conocimiento de los hechos. Tales pruebas no eran, sin embargo, fáciles de obtener. Declararon que, en la sala de la audiencia, en el preciso instante en que iba a abrir la boca, unas pavorosas convulsiones se apoderaron de un hombre que se había aventurado a presentar cargos de brujería contra ella, y expiró poco después sin ser capaz de ofrecer su testimonio. Otro, que había hablado de sus malditas artes, quedó poseído súbitamente por un espíritu maligno, y se rumoreaba que un tercero se había quedado mudo de asombro por su dominio de las artes oscuras. Declaraban que su destreza con la magia era tal que, de hecho, podría transformar y alterar con facilidad los rasgos de un hombre, mujer o niño hasta tan alto grado que ni siquiera sus parientes más cercanos podrían reconocerlo, y que sería capaz, si le complaciera, de convertir a cualquiera que tuviese la suficiente poca cabeza como para ofenderla en repugnantes reptiles tales como murciélagos, tritones o lagartos. En pocas palabras, todos sentían terror y horror con la mera mención del nombre de la bruja, y la sangre de los aldeanos más atrevidos se helaba ante su proximidad. Muchos que se la encontraron por el camino accidentalmente nunca se recuperaron, y de algunos que fueron lo bastante temerarios como para visitar su choza nunca más se supo.

Hasta el aire que rodeaba la morada de la bruja era pestífero: se podían observar a serpientes, víboras y grandes gusanos repugnantes deslizándose a través de las malas hierbas pestilentes y en torno al estercolero de su puerta, y, en los días de verano, se podía ver a un sapo de los más grandes tumbado a pleno sol en el umbral de su casucha.

Se decía que los rebaños de vacas y ovejas que se alimentaban cerca de la morada de la bruja morían a diario por la podredum-

bre, y alrededor de la choza misma no crecía ni una brizna de hierba. Las otras casitas del páramo tenían pequeños jardines contiguos en los que se podía ver la rosa y el jazmín junto con la verdura sana para la humilde mesa de sus dueños, pero el entorno de la casucha de la bruja era un trozo yermo de terreno, repleto de cicuta y otras malas hierbas venenosas, pestilentes e insanas. Había en el medio una charca de agua estancada, sobre la cual podían verse miríadas de libélulas de alas transparentes yendo disparadas de lado a lado.

La exigüidad en torno a este lugar tan solo podía explicarse por la cercanía de la morada de una bruja, mientras que, aunque las otras casitas pertenecían a gentes pobres, eran, empero, honestas.